

Carvajal, la sabana de los dioses en el contexto historiográfico global

Ramón Rivas Aguilar

A Mi madre Libia Aguilar, a mi hermano Dixon
Dos bellas fantasías que colmaron de historia a la sabana de los dioses

I.- La intrahistoria en la era global. Una reflexión desde la filosofía

Miguel de Unamuno, en su libro **En torno al casticismo**, planteó la necesidad de transformar la manera de cómo se escribía la historia en la España de finales del siglo XIX. En efecto, la historia, en esa época, sólo relataba la importancia política y religiosa de los Reyes Católicos, de los Monarcas y de los príncipes, y de las bondades de la Conquista y Colonización, sin tomar en cuenta al hombre de carne y hueso. Se trataba de rescatar, según el filósofo hispano, la historia de hombres y mujeres que vivían bajo la sombra del Imperio; enfoque histórico que él denominó: intrahistoria. Mas tarde, en *El sentimiento trágico de la vida*, abordó ese problema desde una perspectiva más filosófica: el fin último de la filosofía, el hombre de todos los días y todas las noches en su faena vital. El desmoronamiento del Imperio español con la pérdida de Cuba, la última de sus colonias, produjo la crisis de un enfoque histórico que sólo le interesaba destacar los hechos políticos de una España imperial. La presencia de la Generación del 98 develó, por medio de sus obras, las voces silenciosas de un pueblo despreciado y humillado por sus aristócratas. Azorín, Pío Baroja, Antonio Machado y otros recogieron el quehacer cotidiano de hombres y mujeres olvidados por la historia oficial.

Igualmente, el filósofo alemán Martín Heidegger cambió radicalmente la perspectiva de los estudios filosóficos que había perdurado por dos mil quinientos años desde Aristóteles a Hegel. Según él, al hombre de carne y hueso se le excluyó de la reflexión filosófica. La filosofía se dedicó a examinar la esencia de las cosas, descuidando al hombre y su relación con el mundo. Asimismo, el filósofo español Don José Ortega y

Gasset, innovó una nueva forma del quehacer histórico que tuvo como primacía la importancia de los hombres y mujeres en el ajeteo de la vida cotidiana. El hombre y su mundo, la vida y el afán de comprender su relación vital con su entorno natural y humano. En América Latina, el historiador mexicano Luis González recogió esas inquietudes histórico-filosóficas de Unamuno, en sus pequeñas historias, denominada ahora microhistoria. Sin duda alguna, este historiador marcó el estudio historiográfico de la pequeña historia en el ámbito de la geografía americana.

La bipolaridad ideológica y política sepultó a esos pensadores. El comunismo y el capitalismo se arrogaron el monopolio de un hacer la historia para ponerla al servicio de los intereses imperiales. La utopía y el mercado fueron los fundamentos de esas ideologías dogmáticas que destruyeron las voces del hombre y de su cotidianidad. La crisis de la utopía y del capitalismo (del Estado y liberal) puso en tela de juicio esas creencias que subestimaron al hombre que trajinaba día y noche en el anonimato. Brotó del silencio la pequeña historia, la intrahistoria y la microhistoria.

Venezuela no escapó a esos cambios significativos en los distintos modos de percibir la historia nacional ¿Cómo fue ese proceso en nuestro país? El petróleo sentó la base política, intelectual y cultural para la edificación de un discurso historiográfico contra los factores de las grandes potencias. La izquierda y la derecha venezolana jugaron un papel importante en el fortalecimiento del sentimiento nacional contra los abusos que cometiera el capital petrolero internacional en nuestro país. En ese enfrentamiento histórico entre el Estado y las empresas petroleras extranjeras, nacía una historia nacional que unificó al país para enfrentar el imperialismo petrolero. El análisis histórico se centró en el estudio de las distintas clases sociales y su relación con la nación, con las compañías petroleras y los imperios bajo la impronta de la teoría dependientista.

Sin embargo, la nacionalización de la industria petrolera, su internacionalización y su apertura debilitó ese discurso historiográfico contra las concesionarias extranjeras. Así, moría el nacionalismo petrolero con esa manera de concebir el fenómeno histórico venezolano.

Fue a partir de la década de los ochenta del siglo pasado, que las escuelas de historia de las universidades nacionales propiciaron investigaciones relacionadas con la historia de la región, las comunidades y

las localidades. Esta tendencia historiográfica coincidió con el auge del liberalismo, del desarrollo de las finanzas, de la expansión de los medios de comunicación y del rol político de los ciudadanos en la vida social. Se iniciaba, entonces, un nuevo ciclo historiográfico presente en un mundo globalizado. En otras palabras, Se imponía la intrahistoria y otras formas de pensar los hechos históricos y culturales.

Carvajal, la sabana de los dioses, no escapó al influjo de esos quehaceres historiográficos universales. La década de los noventa, la década que comenzó con esa faena, la faena de escudriñar la vida de hombres y mujeres, en el quehacer cotidiano, en sintonía con esos enfoques que se realizaban a lo largo y ancho de la geografía planetaria. Una muestra de ello, es lo que se examinará en la mañana de hoy, una actividad cultural que intenta relatar desde distintas miradas y perspectivas la vida de Carvajal, de su gente, de su geografía, de su espiritualidad, de su religiosidad, de su musicalidad y de su mundo artístico. Así, pues, estamos en la onda de la intrahistoria como una tendencia significativa en el marco de un nuevo proceso civilizatorio. Un proceso civilizatorio que privilegia el saber, la ciencia y la tecnología como medios para el progreso material y cultural de las naciones.

En ese sentido, me gustaría compartir dos relatos, dos pequeñas historias en el marco de esa reflexión historiográfica global. Dos historias que están llenas de vivencias, de fantasías y de imaginación. Una relacionada con los relatos que contaban nuestros padres y abuelos sobre los orígenes, la evolución y la transformación de la sabana de los dioses y su proyección en el tiempo. Y la otra, la vivencia de un hecho natural, el Relámpago del Catatumbo, que afectó profundamente el ánimo de una generación que vio con goce cómo ese fenómeno resplandecía por la Cordillera trujillana.

II.- La pequeña historia de la sabana de los dioses

Hace millones de años, el universo se fragmentó en mil pedazos. Una fuerza poderosa provocó una explosión que dio origen al sistema solar. Emergió la cordillera de Los Andes y, como arte de magia, a lo lejos, en el horizonte aparecieron las primeras imágenes de la sabana de los dioses. Creció la flora y la fauna en un pequeño bosque que deleitó la fragancia

natural de sus hierbas y las bellas melodías de sus aves. Las aguas de sus ríos y quebradas embriagaron a aquel lugar maravilloso ajeno al espíritu del hombre por miles de años. Fue un jardín que le perteneció a sus pájaros y le cantaba a sus dioses. Su mirada inocente se alargó para percibir el coqueteo mágico de los colores mestizos del arco iris. Regocijó con el chispeante fulgor del relámpago del Catatumbo. Por las tardes veía con nostalgia desaparecer en el ocaso el astro imperial. Los truenos atemorizaban a las tímidas aves que se acurrucaban en las hojas de los arbustos. Un día escuchó la voz del hombre. Olfateó sus primeras huellas. Él, por vez primera asomó por aquellos senderos aún vírgenes que acariciaban con ternura los pasos de la luna. Un bosque que se estremeció con el frágil mortal. Asustadizo y temeroso, se desplazó misteriosamente en la sabana y la transformó con sus manos y con su mente. Era el aborígen con su tierra y su choza que vivía los días del paraíso. Cultivaba, pescaba y cazaba por los alrededores de sus ríos. Sus dioses se asomaban entre los árboles del bosque. El sol y la luna, sus fuentes lumínicas de aquel mundo natural. Tarde, en la noche, aparecía entre la hierba salvaje la belleza de una mariposa que de su interior brotaba una luz radiante e iluminaba el rostro de los primeros salvajes. Eran los aborígenes que vivían una eternidad en esa sabana de los dioses que se arrojaba en el nidal de nubes y sentía la ráfaga briosa de la laguna de la Samurera. De repente en su sueño vio a un hombre con una espada y una cruz: el imperio comenzó el acoso contra el precolombino en la sabana de los dioses. Erigió una Iglesia e impuso al hombre natural las oraciones del magno imperio. Las razas se entrecruzaron con la delicia del gemido divino y nació el mestizaje. Los abuelos, provenientes de la Europa moderna, continuaron con la colonización de la sabana de los dioses. Vivieron la era agraria y descubrieron el fruto de la civilización del oro negro: el automóvil. Sus hijos y nietos estrenaron la era urbana e industrial impulsada por la Venezuela petrolera. Hoy, la sabana de los dioses devela en sus hogares con las tecnologías más avanzadas de las comunicaciones el fin de la edad contemporánea y percibe con sorpresa y desconcierto la expansión de la era planetaria y cósmica. Atrás, quedó el canto del hombre natural y de sus aves y siente en su vida cotidiana una nueva época representada por la imagen digital y virtual. Ayer, Cristóbal Colón recorrió el nuevo mundo y la sabana de los dioses no escapó al influjo de ese largo periplo que enalteció y glorificó el símbolo histórico del quijote de los océanos. Por

estos días-el hombre va más allá de las fronteras de la Tierra y recorre con entusiasmo el sendero hacia la conquista del universo. La sabana de los dioses, Santa Rosa de Carvajal, acompaña en sus sueños al mísero que se arriesga a tan significativa odisea sideral. Así, cada uno en sus hogares, en las calles, en las escuelas, en los liceos y su universidad, tendrá el privilegio de escuchar en un segundo los primeros sonidos de aquel inmenso estallido que dio inicio al universo, hace quince mil millones de años. De aquel mundo natural y transformado por la dinámica petrolera, la sabana de los dioses, nada queda. La tierra se desvanece. Presiento que el hombre de ciencia inicia la gigantesca odisea de emigrar hacia otros mundos con la noble intención de otear otro jardín como lo fue la Sabana de los Dioses, Santa Rosa de Carvajal.

III.- El relámpago del Catatumbo

Hay momentos en nuestras vidas en la que damos una vuelta al pasado para recordar bellas imágenes que tanto placer provocaron en el alma de toda una generación. Una de esas imágenes inolvidable fue el Relámpago del Catatumbo que brotaba misteriosamente a lo largo de la tierra de sabios y santos y resplandecía en los cielos trujillanos. De la noche oscura brotaba aquel haz de luz que tanto fascinó al filósofo del devenir. Del abismo salía un rayo de luz que atravesaba el universo. Hasta su muerte, Heráclito vio en el relámpago un misterio de la naturaleza que revelaba la belleza de la antigua Grecia. Los dioses bajaban de los cielos para mirar desde aquel bosque esa luz que parpadeaba a cada instante en los espacios nocturnos.

La ciencia ha indagado la naturaleza de tan misterioso fenómeno lumínico. Los resultados han sido en vano. Las mentes más lúcidas hablan de la imposibilidad de discernir la esencia de un ente que se oculta y desoculta a cada instante. Seguramente, allí reside su profunda belleza que nos provoca asombro.

La sabiduría sagrada nos dice que el relámpago es una manifestación de lo divino y que se transforma permanentemente de la sombra a la luz y de la luz a la sombra. En las madrugadas nos acercábamos al cementerio viejo para contemplar la belleza de ese fenómeno natural. Quedábamos embelesados ante el espectáculo de un cielo radiante de luz. Asimismo, el

abuelo Pedro Aguilar cuando nos llevaba a Santa Rosa de Carvajal, una pequeña finca, el relámpago del Catatumbo iluminaba el camino.

La luna plateada palidecía de envidia. Insisto, nuestra mirada inocente extasiada de regocijo ante aquel faro celestial que a la velocidad de la luz recorría las montañas y la cordillera en la sabana de los dioses. Entre el cementerio viejo, Santa Rosa de Carvajal y la cordillera hacíamos largas caminatas y llevábamos en nuestra mochila la linterna perenne: El Relámpago del Catatumbo. Qué hermosa imagen registra el baúl de los recuerdos. La memoria y el olvido se convierten en un forcejeo en todo momento ¡Qué le vamos a hacer! Llevamos en los más hondo de nuestro ser el relámpago del Catatumbo. Siempre quedará el chispeante relampagueo en el instante eterno en la sabana de los dioses, la sabana de nuestros padres y abuelos.

Como se puede apreciar, estas reflexiones revelan la dinámica universal de una forma de hacer historia que los filósofos la han denominado la intrahistoria. Una manera de recordar como hombres y mujeres en un espacio, en un tiempo vital transformó sus vidas materiales y culturales y conformaron el sentido de pertenencia de una nación. Dentro de esa dimensión, la sabana de los dioses, es y seguirá siendo parte de este proceso global que se está proyectando en el planeta. Por eso, me entusiasma esta importante iniciativa que nos permitirá descubrir distintas maneras de ver a Carvajal como un mosaico de representaciones culturales que se proyectarán hacia el futuro como parte de nuestra memoria y de nuestra fantasía. La palabra recordar es la palabra más hermosa que existe en la lengua universal. Significa volver y pasar por nuestro corazón tantas emociones, sentimientos, recuerdos y fantasías que se fueron formando con el tiempo y que están sedimentados en una bella sabana.

Quiero finalizar con unas palabras del filósofo alemán Federico Nietzsche. Palabras que engloban el pasado, el presente y el futuro mediante una imagen que consideró vital: el árbol.

Entre todos los habitantes de este planeta, los árboles me parecen los más nobles. Despliegan sin duda el más perfecto sentido de la simetría. Continuamente tratan de elevarse sin abandonar sus raíces que se hunden más

y más profundamente en la tierra que
los engendró.

Referencias

Unamuno, M. En torno al casticismo. Colección Letras Hispánicas. España,
1985